

Around Samuel Huntington: Some Insights About the Clash of Civilizations

Sumario

Introducción, El paradigma civilizatorio, El choque de civilizaciones, Las dinámicas identitarias entre el mundo árabe y occidente, El contexto internacional actual, ¿Choque de civilizaciones o diálogo de culturas?, Conclusiones, Referencias bibliográficas.

Resumen

El artículo hace una revisión de la idea del Choque de Civilizaciones planteada por Samuel Huntington, a la luz del contexto internacional actual. Se reseñan algunos de sus rasgos principales y se destacan las críticas que dicha propuesta ha generado. El artículo también plantea la dificultad de la perspectiva del Choque de Civilizaciones para dar cuenta de la complejidad e incertidumbre de la realidad internacional actual.

Palabras clave: *Escenario Internacional, Postguerra Fría, Choque de Civilizaciones, Identidades*

Abstract

The following article aims to apply the idea of the Clash of Civilizations developed by Samuel Huntington to the current international context. It explores some of its main characteristics as well as some of the criticisms it provoked. The article also pointing out the difficulties of the Clash of Civilisation perspective to reflect the complexity and uncertainty of the current international scenario.

Key Words: *International Scenario, Post-Cold War, Clash of Civilizations, Identities*

Artículo: Recibido Marzo 17 de 2010; Aprobado 30 de Agosto de 2010.

Fernando Cacho Canales: *Licenciado en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile; Máster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Salamanca. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Santiago de Chile.*

Correo electrónico: fjcatcho@gmail.com

Jorge Riquelme Rivera: *Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Chile. Actualmente ejerce docencia en la Universidad de Chile. Licenciado y Profesor de Estado en Historia y Geografía, Universidad de Santiago de Chile; Licenciado en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.*

Correo electrónico: jlriquel@uc.cl

En torno a Samuel Huntington: Algunas Consideraciones Sobre el Choque de Civilizaciones

Fernando Cacho Canales

Jorge Riquelme Rivera

Introducción

La llegada de Barack Obama a la Casa Blanca hacia principios de 2009 generó un alto nivel de expectativas tanto en el ámbito doméstico como en el exterior de Estados Unidos, derivadas de un ambiente mundial marcado por la guerra de Irak y por una política exterior acentuadamente unilateral puesta en marcha por la administración de George W. Bush.

En la práctica, las tendencias de la política exterior norteamericana estuvieron signadas durante el año 2009 por un mayor acento en el multilateralismo y por una moderación de las antiguas tendencias hegemónicas, características de la administración conservadora anterior. En tal sentido, las fuertes críticas de Bush hacia el accionar del Consejo de Derechos Humanos han devenido en la participación del país del norte en este órgano, así como en el ámbito del Medio Oriente la estrategia exterior estadounidense evidenció un progresivo alejamiento de la postura israelí respecto de la denominada cuestión palestina. Asimismo, el discurso pronunciado a mediados de 2009 por Obama en la Universidad de El Cairo abrigó esperanzas en la comunidad internacional acerca del inicio de una nueva relación histórica en Medio Oriente, basada en la cooperación y la concordia, sosteniendo Obama que "El Islam no es parte del problema en el combate del extremismo violento, es una parte importante de la promoción de la paz" (Obama, 2009).

Sin embargo, la realidad ha sido distinta de las expectativas. Actualmente se mantienen vigentes diversas situaciones de conflicto en la región, como es el caso de Irak, el terrorismo y la cuestión palestina. Junto a ello, la zona ha estado convulsa por la preocupación internacional que despierta el programa nuclear iraní, sin olvidar la compleja situación de Afganistán y Pakistán, y últimamente el agudo escenario de tensión que representa Yemen, entre otros.

A propósito de dichas tendencias, el presente trabajo pretende reconsiderar de forma crítica los planteamientos del politólogo estadounidense Samuel Huntington -recientemente fallecido hacia fines del año 2008- sobre el Choque de Civilizaciones, un tema todavía plenamente vigente según se puede desprender de los párrafos anteriores.

Como respuesta a los planteamientos de Francis Fukuyama sobre el denominado *Fin de la Historia*, producto del derrumbe del muro de Berlín, el término de los socialismos reales y el triunfo del capitalismo y la democracia liberal tras el fin de la Guerra Fría, desde su aparición en el debate académico e intelectual el año 1993 -primero en un artículo en la conocida revista *Foreign Affairs*, y luego en un libro que

pronto se transformaría en bestseller-, la idea del choque de civilizaciones planteada por Huntington causó gran atención y numerosas críticas. De hecho, su interpretación del sistema internacional de la Postguerra Fría como un sistema multipolar y multicivilizacional, caracterizado por el conflicto y el enfrentamiento entre Occidente y Oriente, fue ampliamente reseñada con motivo de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos.

En ese sentido, cabe reconocer que dichos atentados además de demostrar la vulnerabilidad de la mayor potencia militar del mundo, lograron poner la atención en los factores culturales, especialmente los religiosos, en los conflictos del nuevo contexto internacional.

El trabajo de Huntington fue visto como un relevante marco explicativo para dar cuenta de lo anterior¹, y su paradigma civilizatorio repercutió fuertemente en los estudios internacionales. Sin embargo, también recibió numerosas críticas, dado su carácter occidentalista, sus duros ataques al Islam y su visión del rol preponderante de los Estados Unidos en el escenario internacional.

La idea de un contexto global cuyos actores principales son civilizaciones en constante enfrentamiento, tiene limitaciones en su interpretación -como revisaremos en este trabajo- por lo que ha sido criticado por su excesiva simplificación acerca de la realidad internacional. En ese sentido, las críticas más relevantes han tomado como base el estudio de la construcción de la identidad del mundo árabe como una relación de poder y dominación de Occidente sobre Oriente.

El paradigma civilizatorio

Samuel Huntington define el escenario internacional como multipolar y multicivilizatorio, en el cual existen ocho civilizaciones que viven en un estado de enfrentamiento constante por sus diferencias culturales. Estas civilizaciones son las siguientes: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, latinoamericana, occidental y africana. Sobre la base del rol protagónico de Occidente en el mundo, el paradigma puede ser simplificado al reducir el enfrentamiento solamente entre Occidente y las sociedades no occidentales; aunque en tal sentido, también

cabría señalar un cierto cambio en los antiguos balances de poder, observándose un aumento del poder relativo de las civilizaciones asiáticas, en desmedro de Occidente.

Cabe señalar asimismo, que el autor reconoce tres tipos principales de relaciones entre las civilizaciones: encuentros, influencia e interacciones. Estos tipos de relación habrían estado presentes entre las diferentes civilizaciones del mundo a lo largo de la historia (Huntington, 2005, p. 47-68).

Según Huntington, los principales rasgos del paradigma civilizatorio serían: la existencia de fuerzas de integración en el mundo, que generan fuerzas opuestas de afirmación cultural; la división del mundo entre un mundo occidental y muchos no occidentales; el rol principal de los Estados en el mundo, aunque determinado por factores culturales y civilizatorios; y un mundo anárquico caracterizado por su inestabilidad, generada por el conflicto entre Estados o grupos precedentes de civilizaciones diferentes.

De tal modo, el autor define a una civilización como "la identidad cultural más amplia", con capacidad de evolución, adaptación y perdurabilidad, lo que las lleva a ser muy longevas. Esto último quedaría claro al reflexionar sobre la pervivencia de los conflictos intracivilizatorios a lo largo del tiempo. Así también, Huntington reconoce que los dos elementos fundamentales de una civilización serían la lengua y la religión.

Un punto especialmente relevante es su descripción crítica del concepto de civilización universal, al cual considera una categoría carente de un significado claro y con un carácter muy peligroso para las relaciones entre civilizaciones.

La relevancia del paradigma civilizatorio de Huntington se relaciona con que éste logró devolverle la importancia a los aspectos culturales en la política internacional, que habían quedado sometidos bajo el manto del enfrentamiento ideológico característico de la Guerra Fría. Su análisis destaca que el contexto internacional de Posguerra Fría no puede ser apreciado simplemente como el término de las confrontaciones ideológicas, sino como una apertura al reconocimiento de otros factores que estaban sometidos a una interpretación meramente ideológica de los conflictos. No obstante, la paradoja del paradigma civilizatorio

¹ Incluso en el ámbito de Naciones Unidas, recogiendo en cierta manera los planteamientos de Huntington, a partir del año 2001 se ha promovido una serie de iniciativas a fin de enfrentar el denominado choque de civilizaciones, tales como las relacionadas con el diálogo interreligioso e intercultural; el diálogo de civilizaciones, que se realiza en el marco de la UNESCO; y la denominada Alianza de Civilizaciones, impulsada por España y Turquía. Sobre ésta última iniciativa, especialmente ilustrativo resulta. (Sampaio, 2009, p. 41-43).



es que hace lo mismo con los factores culturales, al colocarlos como los elementos centrales en el contexto actual.

El choque de civilizaciones

Al estudiar la perspectiva del choque de civilizaciones de Huntington, se puede apreciar una cierta cercanía hacia las premisas del enfoque realista como telón de fondo de sus interpretaciones, en el sentido de la proposición básica del realismo que considera la política como una eterna lucha de poder (Del Arenal, 1994, p. 110), aunque igualmente rompería aquella idea de que el escenario internacional sería esencialmente estadocéntrico, al incorporar la variable cultural.

La perspectiva del choque de civilizaciones respondería a un enfoque cercano al realismo, por cuanto aprecia que las civilizaciones vivirían en constante enfrentamiento porque sus intereses, principalmente los culturales, no pueden coexistir. Esto es lo que Huntington busca evidenciar con el choque entre Occidente y Oriente, con las implicaciones que ello ha tenido en las tendencias de la política exterior de Estados Unidos, que últimamente había puesto en práctica la administración de George W. Bush.

Entre los supuestos fundamentales de Huntington, en primer lugar destaca la relación que plantea entre Occidente y las sociedades no occidentales. Es decir, desde la mirada "occidentalista" del autor, en la línea divisoria que aprecia entre Occidente y el resto. El autor hace una revisión de la reacción de las sociedades no occidentales frente a los procesos de occidentalización y modernización vividos durante el siglo XX, la cual tendría tres formas: rechazo a ultranza, kemalismo y reformismo (Huntington, 2005 p. 92-100).

Así también, el autor estadounidense observa los siguientes temas de tensión: la proliferación de armas, los derechos humanos, la democracia y las migraciones. Según Huntington, "La supervivencia de Occidente depende de que los Estados Unidos reafirmen su identidad occidental, y que los occidentales acepten su civilización como única, no universal, y se unan para renovarla y conservarla frente a los desafíos de sociedades no occidentales" (Heine, 2001, p.14).

Los argumentos de Huntington van configurando una relación negativa entre Occidente y el resto de las sociedades, especialmente con las del mundo islámico. Esta relación se caracterizaría por un alto grado de

resentimiento y violencia, que tendría raíces históricas de larga data. En tal sentido, se apreciaría un desplazamiento del antiguo conflicto bipolar hacia los conflictos entre civilizaciones, siendo el enfrentamiento entre Occidente y China el más serio en el futuro, y entre Occidente y el Islam el más importante en el presente.

En segundo lugar, podemos detenernos en el choque propiamente tal. Aquí el autor presenta dos tipos de conflictos intracivilizatorios: los conflictos entre Estados centrales y los conflictos de línea de fractura entre Estados o grupos de civilizaciones diferentes, e identifica los focos regionales de conflicto para Occidente, cuales son las zonas de influencia del Islam y el este de Asia.

En este punto, Huntington (2005) hace una descripción extremadamente crítica del Islam y sus "fronteras sangrantes", como una civilización caracterizada por la violencia, cuestión que identifica con una diversidad de causas: militarismo, proximidad, "indigestibilidad", ausencia de un Estado central, condición de víctima, e incremento demográfico fuerte y súbito. En sus palabras, el choque entre las dos civilizaciones parece inevitable:

"El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el Islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder. El problema para el Islam no es la CIA o el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos. Es Occidente, una civilización diferente cuya gente está convencida de la universalidad de su cultura y cree que su poder superior, aunque en decadencia, les impone la obligación de extender esta cultura por todo el mundo. Éstos son los ingredientes básicos que alimentan el conflicto entre el Islam y Occidente" (p. 292).

De tal modo, una vez expresadas las ideas básicas de los planteamientos de Samuel Huntington, a continuación se realiza un análisis crítico de la noción del choque de civilizaciones, partiendo desde la perspectiva de la constitución de las identidades entre Oriente y Occidente.

Las dinámicas identitarias entre el mundo árabe y Occidente

Burhan Ghalioun (1997), sostiene: la identidad antes que constituir un patrimonio cultural

inmutable o una representación estática, corresponde a una categoría socio-histórica que se determina en relación al "otro" y, por tanto, cambia de contenido y de referencias en función del cambio de las líneas de enfrentamiento (p. 60). En el mismo sentido, el sociólogo chileno Jorge Larraín (1996) afirma que:

“la definición del sí mismo cultural siempre implica una distinción con los valores, características y modos de vida de otros. En la construcción de cualquier versión de identidad cultural, la comparación con el 'otro' y la utilización de mecanismos de oposición al 'otro' juegan un papel fundamental: algunos grupos, modos de vida o ideas se presentan como fuera de la comunidad. Así surge la idea del 'nosotros' en cuanto opuesto a 'ellos' o a los 'otros'. Para definir lo que se considera propio se exageran las diferencias con los que están fuera” (p. 91).

Desde esta base, cabe señalar que la construcción identitaria del mundo árabe y Occidente se ha constituido desde sus orígenes como una relación de poder y confrontación en torno al mito fundacional del choque, en la que ha predominado la idea de dominación y control. Ello ha redundado en el desarrollo de una visión ideologizada y prejuiciada. En pocas palabras: Occidente ha creado al Oriente que le conviene.

Esta situación se ha manifestado en el desarrollo de un discurso que ha tendido a encarnar esta relación de poder y dominación. Oriente es la región en que Europa creó sus más grandes y ricas colonias, su contrincante cultural y de sus imágenes más profundas respecto de lo "otro", lo que le ha servido para definirse en contraposición a su imagen, su experiencia y su representación. Pese a ello, Oriente es parte integrante y medular de la cultura europea y del devenir de la civilización occidental.

A esta relación de conocimiento-poder Edward W. Said la ha denominado "orientalismo". Según este autor, ya desde fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, el orientalismo puede explicarse como una institución colectiva de relación con Oriente, relación que consiste en la adopción de posturas

frente a él, así como la manera de describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él. Como sostiene Said, el orientalismo sería en resumidas cuentas, un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente².

De esta forma, el desarrollo del orientalismo se liga de manera evidente con el periodo de mayor expansión europea, entre 1815 y 1914. En la práctica, la realización del Congreso de Viena en el año 1815 significó un cambio profundo de la realidad internacional con la estabilización de Europa a través del denominado Concierto Europeo. El marco de paz y estabilidad que éste otorgó, permitió a las potencias del continente lanzarse por la repartija del mundo.

África y Asia serían los continentes más afectados. No obstante, este predominio eclipsaría hacia 1914, Italia y Alemania fueron dos países que, debido a su tardía unificación, no participaron de la repartición del mundo. Frente a esta situación presionaron sobre Europa y, pretendiendo recuperar el tiempo perdido, desencadenaron la más sangrienta guerra que hasta ese momento se hubiera vivido en el continente. De esa manera, se echaban por tierra los ideales de progreso del positivismo decimonónico y se iniciaba también el proceso de derrumbe del colonialismo europeo.

El discurso etnocéntrico orientalista se puede entender como un conjunto de limitaciones y simplificaciones manifestadas en la interpretación y distinción entre un occidente superior, que sería desarrollado y racional; y un oriente que se presume inferior, brutal y subdesarrollado. La misión de Occidente sería el encaminar a la civilización al bárbaro oriental³. De esta forma, el discurso orientalista se constituye como tal desde la alteridad, la que corresponde al conocimiento del "otro" a través de los propios conceptos y sesgos. Por ello, ha predominado un conocimiento que inhibe una comprensión acabada e integral del "otro", al establecerse una relación que favorece la dominación y el establecimiento de prejuicios y estereotipos alejados de aquel, y más cercanos a los propios intereses occidentales y a categorías reductoras de lo semita, la mente musulmana, el Oriente, etc.

Así, la visión panorámica y generalista del orientalismo pierde el detalle de la cultura y la

² Véase <http://www.webislam.com/default.asp?id=2646> [Recuperado en febrero de 2010]

³ En el ámbito latinoamericano, el enfrentamiento entre *civilización* y *barbarie* quedó representado de manera magistral por Domingo Faustino Sarmiento en la novela *Facundo*.



realidad musulmana, lo que gana en simplificaciones y esquemas como compartimientos estancos acerca de ésta.

El impulso colonizador-civilizador de Europa es ilustrado de manera rotunda por el fracaso de Napoleón en su expedición sobre Egipto. Su fallido intento posibilitó a Muhammad Ali importar y adecuar el discurso moderno y el modelo europeo a la realidad local egipcia (Ortega, 1997). A través de su acción, el nuevo líder de Egipto emprendió la modernización del ejército con la ayuda de expertos europeos, abolió las viejas formas de propiedad de la tierra, centralizó la administración, transformó el sistema fiscal, fomentó la industria y estableció un sistema de escolarización nacional (Ghalioun 1997, p. 63).

El éxito de estas reformas convertiría a Egipto en una de las potencias más dinámicas del Mediterráneo y transformaría a El Cairo, desde la segunda mitad del siglo XIX, en el foco de un gran renacimiento cultural, cuyo mayor exponente fue Din al-Afgani. De esta manera, como forma de resistencia, *el reformismo islámico* se transformaría en un intento por adecuar la modernidad occidental desde una perspectiva islámica.

Pero el impulso modernizador "desde arriba" no pudo sostenerse, pues al poco tiempo los cambios cobraron su propia dinámica. La modernización, en tanto fenómeno eminentemente tecnológico, resultó un éxito e hizo de Egipto la potencia árabe del Mediterráneo. Pero la modernidad, como proceso político-cultural enmarcado en la difusión de las ideas y conceptos de la Revolución Francesa corrió por otro carril y fracasó. De hecho, es en las sociedades islámicas donde se presenta una mayor resistencia a la modernidad, expresada en la democracia liberal representativa y en la economía de libre mercado.

Prontamente, como sostiene Burhan Ghalioun (1992), la penetración en el pensamiento árabe de las nociones modernas de la nacionalidad, libertad e individualidad atentaron de manera irreversible contra el fundamento tradicional de la identificación colectiva con la comunidad religiosa. Asimismo, el Estado nación propugnado desde Occidente no favoreció la superación de esta crisis identitaria del mundo árabe. De hecho, la heterogénea composición étnica de los árabes que había hallado en la lengua y la cultura árabes su instrumento de cohesión, no pudo sino causar una crisis de identidad al entrar en contacto con el Estado nación moderno implantado desde Europa.

De esa manera, el Estado se percibió entonces como la extensión de la colonización y la ocupación, y la desintegración del Imperio Otomano a principios del siglo XX se presentó como una evidente demostración de aquello. La resistencia y el intento por desarrollar una modernidad desde lo musulmán no fueron exitosos y tras la desintegración del Imperio el mundo árabe quedó sumido en la perplejidad y la desorientación.

Desde la alteridad, el Estado fue una importación dificultosa de adoptar en la heterogénea y diversa cultura árabe y actúa todavía como un elemento de relevancia para su fragmentación. El tema de la identidad y sus conflictos asociados han jugado un relevante rol en ello. El Estado y la nación árabe han sido conceptos dificultosos de hermanar. Con altos y bajos, esta compleja situación de ausencia de un Estado central líder ha predominado hasta hoy, sobre todo desde la Guerra del Golfo, la que echó por tierra la ilusoria unidad del mundo árabe y profundizó el interés por una dominación occidental basada en un conocimiento desde la alteridad. Las proyecciones de ello las vive el *hegemon* en su atolladero iraquí.

El contexto internacional actual

El fin de la Guerra Fría trajo consigo grandes cambios en el sistema internacional, lo que se tradujo, según sostiene Eduardo Ortiz, en el fin de una manera de conducir los asuntos internacionales y en el interés por nuevos temas y preocupaciones. Este contexto estuvo marcado, especialmente, por dos fenómenos característicos de la nueva época: la globalización y la revolución de las comunicaciones (Ortiz, 2000). La influencia de estos dos fenómenos se hizo cada vez más evidente, como se puede constatar al observar la organización y el funcionamiento del sistema internacional actual, continuamente más interdependiente e interconectado a nivel mundial en el proceso que se conoce como globalización.

En nuestros días, el sistema internacional se caracteriza también por otros rasgos que han puesto en cuestión su organización y funcionamiento. En ese sentido, cabe mencionar el aumento del número y la variedad de los actores internacionales y la pérdida de relevancia del Estado como protagonista central del sistema internacional. Estos elementos han complejizado el nuevo contexto internacional y contribuido a generar una percepción de incertidumbre global.

Cabe mencionar que esta incertidumbre igualmente tiene fuentes políticas y culturales profundas, que se relacionan con cuestionamientos de las identidades nacionales que han influido poderosamente en el contexto internacional actual. Generalmente, las épocas finiseculares han representado tiempos de crisis e incertidumbre que se manifiestan en fuertes cuestionamientos sobre lo que somos y lo que nos representa, sobre nuestro presente y futuro. En ese sentido, en el plano internacional, no es extraño observar nuevamente los reclamos de las autonomías nacionales y étnicas dentro de los Estados, las que buscan reafirmar identidades relegadas históricamente⁴.

En la última década, la incertidumbre global se ha acrecentado. Se puede plantear que luego del fin de la Guerra Fría -representado simbólicamente con la caída del muro de Berlín-, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos fueron identificados como un nuevo punto de inflexión del sistema internacional de la Posguerra, que ahondó aún más la incertidumbre y el desorden global. La acción de actores no legitimados como el terrorismo internacional generó mayores inquietudes sobre la relevancia de los nuevos actores frente a la pérdida del rol central del tradicional Estado-nación. De hecho, según Jorge Heine (2001), "la materialización de estos ataques contra la principal potencia de Occidente y sus símbolos de poderío económico y militar por parte de un grupo de fundamentalistas islámicos, sería la mayor demostración del grado de globalización a que hemos llegado en los albores del siglo XXI" (p.12).

Asimismo, una de las tendencias posibles de discernir a partir del fin de la Guerra Fría, se refiere al surgimiento de Estados Unidos como única potencia global con vocación hegemónica, en el marco de un escenario internacional que desde la disciplina de las Relaciones Internacionales se definió como "transitoriamente unipolar". De tal modo, según Celestino del Arenal (1993), "desde 1989 se asistirá de manera predominante hacia una unipolaridad desde el punto de vista diplomático-estratégico, pues tanto en cuanto al poder militar y político, como al nivel de la voluntad de continuar ejerciendo como superpotencia con responsabilidades mundiales, Estados Unidos se presenta como la única potencia con capacidad,

vocación y voluntad de ejercer el papel de superpotencia dominante" (p. 89).

Para Lorenzo Meyer (2004), esta nueva realidad internacional está marcada por la existencia de *facto* de un gran poder imperial, cuyo centro neurálgico se localiza en Washington. Estados Unidos se configuraría entonces como el único imperio existente, sin competidores y efectivamente global. No obstante, este presentaría un carácter paradójico: se asume como antiimperialista, pero se presenta a los ojos del mundo como la democracia más importante del mundo contemporáneo. (p. 58-61)

Sin perjuicio de lo anterior, cabe subrayar que, según diversos analistas, el 11 de septiembre de 2001 determinaría un quiebre en las tendencias de la política mundial, configurando lo que se ha dado en llamar la "post post Guerra Fría", caracterizada por un escenario internacional multipolar que desafía el poder de los Estados Unidos, y donde destacan nuevas y renovadas potencias, tales como China, India, e incluso Rusia, que pugna por mantener sus ámbitos de influencia en el mundo global.⁵

Bajo el prisma de estas tendencias del contexto internacional contemporáneo, y en consideración al punto de inflexión que implicaron los atentados de septiembre de 2001 y al dinámico accionar del terrorismo, cabe reconsiderar el paradigma civilizatorio y la idea del choque de civilizaciones planteada por Samuel Huntington.

¿Choque de civilizaciones o diálogo de culturas?

Según se observó anteriormente, desde sus orígenes las relaciones entre Oriente y Occidente han estado marcadas por el mito fundacional del conflicto y el choque. Como una relación de poder, el mutuo conocimiento ha estado definido por la dominación, situación que ha incidido de manera definitiva en una mutua perspectiva sesgada e ideologizada. En la actualidad, en esta situación no poca responsabilidad recae en los medios de comunicación, los que se han concentrado en los eventos de crisis, terrorismo y fanatismo, que sin duda han sido más bien la excepción antes que la regla.

4 Reflejo de lo anterior es que el interés por el estudio sobre la construcción de las identidades nacionales, ha tenido un importante desarrollo en las ciencias sociales y las humanidades en el último tiempo. A propósito de la identidad latinoamericana y, especialmente la chilena, Larraín (2001).

5 Al respecto, puede verse el reportaje de Juan Paulo Iglesias "La post post Guerra Fría" (*La Tercera*, 27 de diciembre de 2009, *Reportajes*).



Como se indicó más arriba, el año 1993 apareció en la revista norteamericana *Foreign Affairs* el artículo de Samuel Huntington titulado "El choque de civilizaciones", el que pronto se trasformaría en todo un paradigma de interpretación de la realidad internacional, y, aún más, en una guía orientadora para la política exterior de los Estados Unidos. Dicho trabajo en esencia sostenía que los conflictos contemporáneos del mundo de la posguerra Fría ya no tendrían un origen ideológico ni económico, sino que las grandes divisiones y el origen principal de los conflictos estarían definidos por la cultura.

Así, una vez finalizado el enfrentamiento bipolar que tendió a definir la historia mundial del siglo XX, los principales conflictos de la política global se darían entre las naciones y grupos de civilizaciones diferentes (Ghalioun, 1998, p. 110-111). De esta manera, y siguiendo los anteriores planteamientos del orientalista Bernard Lewis, Samuel Huntington contribuiría con su propia reflexión a la beligerancia y al poco entendimiento mutuo de culturas que más bien han estado históricamente interactuando y se han enriquecido, antes que entrado en choques y conflictos.

En el mismo sentido, cabe subrayar que desde sus orígenes ambas culturas han compartido una fuente común. El pensamiento islámico se enriqueció de manera importante de las fuentes griegas. Así también, el Cristianismo nació en el Próximo Oriente, mucho antes que aquel penetrara en el Imperio Romano y definiera lo que más adelante se constituiría como el pilar de la cultura occidental. Por lo demás, gran parte del desarrollo cultural y tecnológico proviene de científicos e intelectuales orientales. El mismo capitalismo se ha desarrollado gracias a los instrumentos comerciales y financieros desarrollados primero en Oriente y luego traspasados a Occidente durante la Edad Media.

Entonces ¿qué ha predominado? ¿Una mutua y enriquecedora relación o el conflicto y el choque? La historia nos hace inclinar por la primera opción, aunque los medios de comunicación y la política exterior estadounidense se empeñen en demostrar lo contrario⁶. La dicotomía entre Cristianismo/Islam y entre Oriente/Occidente son constructos e imaginarios conformados por un discurso que en esencia segrega y excluye.

De esta manera, y contribuyendo a los imaginarios de Occidente e Islam, el discurso del

choque de civilizaciones ha tendido a uniformar cuestiones tan complejas como la identidad y la cultura en estereotipos simplificados que poco tienen que ver con la compleja y diversa realidad. Como sostiene Edward W. Said (2002), Samuel Huntington pretende:

"reducir las 'civilizaciones' y las 'identidades' a lo que no son: compartimientos estancos, herméticamente cerrados, purgados de los millares de corrientes y contracorrientes que dan vida a la historia de la humanidad y que, a lo largo de los siglos, han hecho posible que esa historia no esté hecha solamente de guerras religiosas y conquistas imperiales, sino también de intercambio, de fértil mezcla y de intereses compartidos" (p. 115).

A propósito de esto, en 2006, Kamal Cumsille, profesor de la Universidad de Chile, cita los conceptos de *fijeza y estereotipo* de Hommi Bhabha, quien los describe como aspectos estratégicos centrales del discurso colonial, y que serían reeditados en el discurso de corte imperial de Huntington, caracterizado por ser "ambivalente, reductivo y simplista, pero políticamente muy productivo, eficaz y seductor" (p. 15-16).

Las etiquetas, las generalizaciones y el reduccionismo, además, tienen el objetivo fundamental de restarle toda legitimidad moral y virtud al "otro". Ello ha contribuido al simple maniqueísmo de establecer el enfrentamiento entre los "buenos" y los "malos"; en la anacrónica distinción entre "civilización" y "barbarie", cuando la realidad es bastante más compleja y no se deja encasillar fácilmente. Umberto Eco ha expresado de manera notable esta situación en las siguientes palabras:

"No vayamos a remover la historia, pues es un arma de doble filo. Los turcos empalaban (y está mal), pero los bizantinos ortodoxos arrancaban los ojos a los parientes peligrosos y los católicos quemaban a Giordano Bruno; los piratas sarracenos cometían aberraciones, pero los corsarios de su majestad británica, con permiso y todo, devastaban las colonias españolas en el Caribe; Bin Laden y Saddam Hussein son enemigos

⁶ En esta línea, cabe reconocer los cambios en las tendencias de la política exterior de Estados Unidos a partir de la administración Obama, que ciertamente ha tendido a moderar sus posiciones en torno al Medio Oriente, y particularmente en lo relativo a la denominada cuestión palestina.

acérrimos de la civilización occidental, pero en el interior de la civilización occidental hemos tenido a señores que se llamaban Hitler o Stalin..." (Eco, 2002, p. 96).

Del mismo modo, Rafael López Pintor (2002), profesor de la Universidad Complutense de Madrid, manifiesta sus dudas sobre el grado de homogeneización de la civilización islámica. Además, identifica algunos factores que sugieren las pocas probabilidades de un choque entre el Islam y Occidente: la complejidad del mundo islámico, que no se presenta como una civilización homogénea; la tendencia expansiva secular del modo de vida urbano industrial y la globalización de las comunicaciones; y la expansión, pese a las dificultades de este proceso, del modelo democrático. Respecto a este último, el autor señala que "la evidencia histórica enseña que las democracias no se hacen la guerra entre sí" (p. 229-235).

También en una visión crítica, José Carlos Fernández Ramos, profesor de la UNED, plantea la falta de unidad dentro de las civilizaciones y el carácter simplificador del concepto del choque de civilizaciones. La preocupación central de Fernández Ramos es el develar el concepto ideológico que hay detrás de la metáfora representada por el choque. Esto queda más claro en la siguiente cita:

"En resumidas cuentas la metáfora del *choque de civilizaciones* no es más que un pretexto ideológico que intenta legitimar, recubrir y justificar una política de *gendarme mundial* (otra metáfora) que se han arrogado algunas democracias occidentales bajo el velo de la *guerra global contra el terrorismo*, velo que apenas encubre la vergüenza de la dominación estratégica de los recursos energéticos" (Fernández, 2008, p. 239).

Entonces ¿quiénes son los buenos y quienes los malos? Ni siquiera está claro como somos "nosotros" y como son los "otros". A nuestro juicio, el gran aporte y parámetro que puede definir a una cultura es la tolerancia a la diversidad. Una cultura es madura en tanto sabe tolerar la diversidad, y son bárbaros los miembros de cualquier cultura que no la aceptan.

De hecho, dando señas de barbarie, los neoconservadores en Estados Unidos, agrupados en el Proyecto para un Nuevo Siglo

Norteamericano, en su declaración de principios de 1997 planteaban la necesidad de que este país aumentara significativamente sus gastos en defensa, la relevancia de estrechar los lazos con los países aliados en el enfrentamiento a los países enemigos y hostiles a los intereses y valores estadounidenses, y la importancia para este país de imponer un orden internacional favorable a su seguridad y prosperidad. Como sostiene George Soros (2004), los atentados del 11 de septiembre dieron a los neoconservadores y a George W. Bush el enemigo que andaban buscando, y éste no hizo sino fortalecer al terrorismo al convertir a las víctimas en verdugos, contribuyendo de paso a la inseguridad internacional y al fortalecimiento de la idea de una brecha existente entre Occidente y el Islam (p. 44-49).

Ciertamente el discurso de Obama en el Cairo implicó un cambio en estas tendencias, recibiendo positivas apreciaciones desde diversos sectores de la política internacional. El mismo Presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmoud Abbas, señaló que la alocución del Presidente estadounidense representó "un buen comienzo" para una nueva relación con el Medio Oriente. Por su parte, el Secretario General de la Liga Árabe, Amro Musa, calificó el discurso como "equilibrado y positivo" (2009, 4 de junio) *El mercurio*. En la misma línea, en una columna aparecida en el diario *El País*, el ex presidente de España, Felipe González, refiriéndose al discurso de Obama, sostuvo que:

"...es importante que con palabras se inicie un nuevo periodo que sustituya el unilateralismo por un orden internacional basado en la cooperación y el entendimiento. Importa, y mucho, que se sustituya el discurso del choque de civilizaciones y la diplomacia de las cañoneras, por otro de entendimiento, diálogo y respeto al "otro", con una diplomacia que realmente lo sea, sin imponer el poder que se tiene y sin renunciar a defender los valores en que se basa", (El País, 2009, 7 de junio).

Por tales motivos, la respuesta ante la idea del choque debe ser más bien el impulso del diálogo y la coexistencia. Parafraseando a Edward W. Said, hay después de todo una profunda diferencia entre el deseo de entender con el propósito de coexistir y ensanchar horizontes y el deseo de



dominar con el fin de controlar⁷. El mundo global exige la interacción y el enriquecimiento mutuo de las culturas y la historia ha estado plagada de estas fructíferas relaciones. Ninguna cultura se ha desarrollado en el aislamiento. Las interacciones y las comunicaciones enriquecen a los pueblos y la pureza y el ensimismamiento los someten al vacío.

Al respecto, Said (2002) ha sostenido lo siguiente "La tesis del *choque de civilizaciones* es un ardid...más apto para reforzar el propio orgullo defensivo que para comprender críticamente la asombrosa interdependencia de nuestros tiempos" (p. 121).

Conclusiones

El sistema internacional de la posguerra fría se presenta incierto por múltiples factores: el fin del orden anterior, la aparición de nuevos actores y la pérdida del rol protagónico del Estado. En ese contexto de incertidumbre, han surgido diversas interpretaciones que han buscado describir esta nueva realidad internacional. La perspectiva del choque de civilizaciones planteada por Samuel Huntington intentó dar cuenta de lo anterior, describiendo a la realidad internacional como un conjunto de civilizaciones con fuertes diferencias culturales, que se encuentran en continua competencia y enfrentamiento.

En tal sentido, cabría considerar en primer lugar que, si bien es cierto que la perspectiva de Huntington plantea una descripción amplia, su simplificación de la realidad internacional le resta valor explicativo. Como se apreció en las críticas de algunos autores, la perspectiva de Huntington no da cuenta de las fracturas internas dentro de las mismas civilizaciones que describe. Al contrario, trata de proyectar una homogeneidad que no existe entre las sociedades pertenecientes a cada una de ellas, aún cuando existan ciertos rasgos comunes. Esto es especialmente claro en su intento homogeneizador de las sociedades islámicas y denota una cierta intención ideológica que pretendería influir en las tendencias de la política exterior estadounidense.

En segundo lugar, la perspectiva del choque de civilizaciones no toma en consideración con el mismo valor otros factores tan relevantes como el cultural en la realidad internacional, especialmente los factores económicos. Razón

por la cual, desde este enfoque se hace difícil tratar de comprender la actual realidad internacional, tan marcada por los temas relacionados con la interdependencia económica y comercial. Sobre el particular, no debe desdeñarse tampoco la importancia del factor energético –por ejemplo el petróleo– en gran parte de los actuales conflictos internacionales.

En tercer lugar, cabe otorgar una justa dimensión a la situación de los ataques terroristas del 11 de septiembre sobre los Estados Unidos, que a primera vista parecerían darle crédito a la perspectiva de Huntington. Al respecto, es importante reconocer que lo que allí aconteció no fue un choque de civilizaciones entre el Islam y Occidente, sino que fue una acción terrorista que marca más bien la excepción antes que la norma. A esto se refiere el profesor López Pintor (2002):

“Conviene resaltar que, en la identificación de un nuevo eje mundial de conflicto definido por el enfrentamiento entre Islam y Occidente, no estaríamos –o al menos no todavía– ante un choque de civilizaciones, sino ante un ataque a la potencia norteamericana por parte de una organización terrorista ideológicamente sustentada en una versión radical de la religión musulmana” (p. 230).

Resulta importante repensar la posibilidad de convivencia en y entre Oriente y Occidente, sobre la base del respeto a la diversidad cultural. El propio Huntington lo apunta hacia el final de su texto al revisar el multiculturalismo y el universalismo occidental, aunque de forma contradictoria o, por lo menos, poco clara. Antes que reflexionar sobre civilizaciones en colisión, cabría considerar la existencia de sociedades en continua interacción y relacionamiento, sobre la base de una voluntad política general de respeto mutuo y cooperación. Tomando como referencia a otros autores, Huntington (2005) describe lo que él llama una moralidad mínima “*tenué*”, que se enlaza con una serie de normas para evitar la guerra: norma de abstención, norma de mediación conjunta y norma de los atributos comunes. En sus palabras:

“... de la común condición humana se deriva una moralidad mínima *tenué*, y las

7 Revisado en febrero de 2010: <http://www.webislam.com/default.asp?id=2646>

disposiciones universales se encuentran en todas las culturas. En lugar de promover las características supuestamente universales de una civilización, los requisitos de la convivencia cultural exigen investigar lo que es común a la mayoría de las civilizaciones. En un mundo de múltiples civilizaciones, la vía constructiva es renunciar al universalismo, aceptar la diversidad y buscar atributos comunes” (p. 434).

Si bien el autor plantea su renuncia al universalismo occidental, su propuesta es muy vaga y no logra ir más allá en su explicación de algunos atributos comunes.

Más bien, teniendo presente las críticas planteadas a las ideas de Huntington, cabría plantear la necesidad de repensar la relación entre Oriente y Occidente renunciando a esa diada que divide, y destacando los aspectos que pueden contribuir a vivir juntos en el actual escenario globalizado. Si bien la interdependencia asociada al proceso de globalización puede implicar mayores posibilidades de roce, de igual modo puede impulsar los intereses cruzados y un entramado de objetivos y vínculos colectivos que fomenten un marco propicio y estable para las relaciones entre los actores internacionales y transnacionales, donde los problemas se solucionen por los canales del diálogo político. En el complejo escenario global, ninguna civilización puede propugnar concepciones universalistas y pretender imponer por la fuerza sus valores. Si los desafíos de la globalización son comunes, entonces las respuestas deben ser colectivas y cooperativas. El mundo global impone la necesidad de construir sociedades tolerantes hacia las otras culturas.

Las relaciones democráticas y consensuales entre las diversas sociedades que componen los Estados contemporáneos representan una alternativa más efectiva y eficaz en el largo plazo para enfrentar los problemas de la interdependencia, para desde ahí contribuir a la gobernanza global. El mantenimiento de culturas monolíticas y cerradas no es viable, pues las identidades individuales y colectivas como realidades dinámicas, exigen desarrollar valores como la tolerancia y el pluralismo, así como evitar la xenofobia y la exclusión. Con diversos matices, el discurso pronunciado por Barack Obama en El Cairo se orientó en este sentido.

Referencias bibliográficas

Cumsille, Kamal. (2006). “Sobre el 'Choque de Civilizaciones': geografía, discurso, poder”. En Cuadernos de Estudios Árabes. Primer Semestre.

Del Arenal, Celestino. (1993). “El nuevo escenario mundial y la teoría de las Relaciones Internacionales”. En Abellán Honrubia, Victoria y Manuel Pérez González. Hacia un nuevo orden internacional y europeo: estudios en homenaje al profesor Manuel Díez de Velasco. Tecnos: Madrid.

_____. (1994). Introducción a las relaciones internacionales. Tecnos: Madrid.

Eco, Umberto. (2002). “Las guerras santas: pasión y razón”. En Eco, Humberto; et. al. El Mundo después del 11 de septiembre de 2001. Península: Barcelona.

Fernández Ramos, José Carlos. (2008). “Choque vs. Alianza de Civilizaciones”. En Intersticios, Revista Sociológica de Pensamiento Crítico. Vol. 2, N° 2.

Ghalioun, Burhan. (1992). “Estado contra nación. La crisis del mundo árabe”. En África Internacional. N° 11.

_____. (1997). “El islamismo como identidad política”. En Revista CIDOB d'afers internacionals. N° 36.

_____. (1998). “Globalización, deculturación y crisis de identidad”. En Revista CIDOB d'afers internacionals. N° 43-44.

Heine, Jorge. (2001). “¿Choque, fin u otro Chernobyl?”. En Estudios Internacionales. N° 36. Octubre-diciembre.

Huntington, Samuel. (2005). El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial. Paidós: España.

Larraín, Jorge. (1996). Modernidad, Razón e Identidad en América Latina. Editorial Andrés Bello: Santiago.

_____. (2001). Identidad Chilena. LOM: Santiago.

López Pintor, Rafael. (2002). “¿Hay choque de civilizaciones?”. En Reis: Revista española de investigaciones sociológicas. N° 97.

Meyer, Lorenzo. (2004). “Una vista desde el Sur al imperio posmoderno”. En Foreign Affairs en Español. Vol. 4, N° 4. Octubre-Diciembre.

Obama, Barack. (2009). “Discurso pronunciado por el Presidente Obama en la Universidad de El Cairo, 4 de junio de 2009”.

En Estudios Internacionales. N° 163. Mayo-agosto.



Ortega, María. (1997). "Una experiencia modernizadora en la periferia: las reformas del Egipto de Muhammad Ali (1805-1848)". En Scripta Nova. N°8.

Ortiz, Eduardo. (2000). El estudio de las Relaciones Internacionales. Fondo de Cultura Económica: Santiago de Chile.

Said, Edward W. (2002). "El choque de ignorancia". en Eco, Humberto; et. al., El mundo después del 11 de septiembre de 2001, Península: Barcelona.

Sampaio, Jorge. (2009). The Road from Madrid to Istanbul and Beyond. Alliance of Civilizations: Lisboa.

Soros, George. (2004). La burbuja de la supremacía norteamericana. Editorial Sudamericana: Buenos Aires.